

Mónica Benítez

DETECTIVES
PRINGADAS

El Pozo



Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)

EL POZO
DETECTIVES PRINGADAS
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2023 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2309295437347

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Diseño portada: Verónica Espinosa

Capítulo 1

—No aguanto más, si no como algo, voy a desmayarme —dice Triana entrando en la cocina como un huracán.

Verónica está terminando de guardar los platos que fregó anoche y se apresura a interponer su cuerpo entre la nevera y Triana.

—¿Qué haces, nena? Aparta o no respondo —amenaza Triana mirándola como si tuviera espadas en los ojos.

—Espera un poco, Loli debe estar a punto de llegar con los churros —le pide Vero en tono suave.

—Loli se los debe estar comiendo por el camino —farfulla Triana—, porque no me jodas, dijo que estaría aquí a las nueve y mira qué hora es —se queja señalando el reloj.

Verónica alza la mirada y la clava en el reloj de pared antes de soltar una carcajada.

—Como se nota que te acabas de levantar. Eres insoportable —dice y le da un beso en la mejilla—, y ciega, deberías ir al oculista de una vez. Solo son las nueve y cinco.

—Y hemos quedado a las nueve en punto. Que después llego yo un minuto tarde a su casa y la tía ya me está llamando como una histérica.

—Qué sí, cariño —Verónica se ríe y le señala una silla—, siéntate, anda, que estará a punto de llegar. ¿Te preparo un café mientras tanto?

—Yo lo que quiero es una tostada con aceite y embutido con unos huevos revueltos —protesta dejándose caer en la silla.

—Ya, claro, y los churros me los como yo sola.

—¿Mis churros? ¿Tú estás loca? Mis churros no los tocas, esos me los como de postre.

—Qué bocazas eres —se ríe Verónica justo cuando suena el timbre de la casa—. Mira, ya ha llegado.

—No, si ahora le tendremos que aplaudir por hacer aquello que dijo que haría —farfulla Triana muerta de hambre.

—Madre mía, amor, te has levantado más insoportable que ningún día —dice Vero—, anda, ve a peinarte un poco mientras yo abro la puerta, que parece que te has peleado con un gato.

—Un gato deberíamos tener nosotras aquí —espeta Triana mientras se mira en el reflejo del cristal de la vitrina donde tienen los platos—. La leche, qué susto —dice y se echa hacia atrás espantada de su propio reflejo.

—No quiero gatos, se portan mal y lo rompen todo —dice Verónica de camino hacia la entrada.

—También cazan ratones y serpientes —suelta Triana a voz en grito.

A Verónica se le tensa todo el cuerpo cuando escucha hablar del reptil. Ha pasado casi una semana desde ese extraño caso y todavía se le pone mal cuerpo cuando lo recuerda.

—Buenos días —saluda Loli con euforia y dos bolsas de churros en la mano.

—Hola —Vero se hace a un lado y saliva con el olor—. Tienes a Triana desesperada, he tenido que pararla para que no se hiciera un desayuno de los que hacen historia.

—Desesperada estoy yo porque me contéis con detalle lo de la serpiente.

Loli cruza el salón y se dirige hacia la cocina como si estuviera en su casa. A pesar de ser vecinas, por temas personales de unas y la otra, no han podido reunirse para hablar hasta ahora.

—¿Sabéis que sois famosas en todo el pueblo? —dice Loli mientras saca los churros de la bolsa.

Triana vuelve en ese momento y le quita la otra bolsa para sacar el chocolate.

—Famosa me haré yo por estrangularte la próxima vez que llegues tan tarde.

—Venga ya, si solo pasan diez minutos, exagerada.

—Bien que cuando soy yo la que se retrasa me das la brasa por teléfono.

—Dejadlo ya, por favor, que tengo hambre —interviene Vero conciliadora.

—Pues eso —sigue explicando Loli mientras Triana coloca las tazas—, que estaba esperando para que me dieran los churros y en la cola estaban hablando de la serpiente que se coló en casa de Amparo. Por lo visto la mujer va contando que medía dos metros y era más gorda que mi brazo. ¿Es verdad?

—Pues casi —contesta Triana llevándose un churro a la boca después de mojarlo en el chocolate, más atenta al desayuno que a lo que explica su amiga.

—¿Pues casi? —se alarma Vero—. No le hagas caso, ni a ella, ni a esas chismosas de la churrería. Desde luego, los andaluces sois exagerados por naturaleza.

—Y los catalanes agarrados —la chinch Triana.

—Tú no hables, que eres igual de rata que ella y naciste aquí —suelta Loli.

Triana la ignora, tiene tanta hambre, que puede soportar cualquier ataque mientras siga teniendo churros para llevarse a la boca.

—En fin, debisteis pasar mucho miedo, ¿no? —curioseas Loli.

—Vero se cagó como los mirlos —dice Triana—, y literal, porque ese día tenía el esfínter un poco suelto —añade y se pone a reír.

—Por culpa de tu gazpacho, y tú también pasaste miedo, guapa, que bien que te subiste en la mesa cuando se fue la luz.

—Dios mío, ¿eso pasó de verdad y yo no lo vi? —pregunta Loli muerta de la risa.

—Me hubiera gustado ver lo que haces tú si esta cabrona te dice que la tienes en el pie —se defiende señalando a Vero.

—Uff, calla, calla, que ese bicho es muy venenoso. Por ahí dicen que casi muerde a Amparo, pobre mujer.

—Pues lo veo difícil, la mujer se atrincheró en la planta de arriba y no bajó hasta que la teníamos dentro del saco —dice Vero con gesto contrariado.

Durante los siguientes minutos hablan sin parar sobre ese caso que se ha convertido en una anécdota en el pueblo que va de boca en boca. Vero y Triana se sienten como las protagonistas de un espectáculo ridículo que no querían protagonizar.

—Con un poco de suerte, a partir de ahora nos mirarán por ser las que cazaron la serpiente en la casa de Amparo y no por ser las bolleras del pueblo —ironiza Triana.

—No seas bruta, solo tienen que acostumbrarse a ver a dos mujeres juntas, en este pueblo eso es una novedad, dadles tiempo —dice Loli—. Y ahora espabila si quieres ir a repartir publicidad al pueblo de al lado, que yo quiero estar de vuelta en un par de horas para hacer la comida con tranquilidad.

—No me agobies, que eres tú la que ha llegado tarde.

Triana moja el último churro y lo muerde lentamente para desesperación de Loli, que

suelta un resoplido ante la risa de Verónica.

Capítulo 2

Triana y Loli han aparcado el coche en la única plaza del pueblo al que han ido a llevar publicidad y han comenzado a repartir en la primera calle, caminando cada una por un lado de la acera, dejando panfletos en buzones y bajo los limpiaparabrisas de los coches.

—Qué calor, joder —se queja Triana y se da aire con el fajo de panfletos que lleva en la mano.

—Lo que tienes que hacer es dejar de quejarte y caminar más rápido, que, a tu ritmo, nos vamos a tirar aquí toda la mañana y ya te he dicho que quiero volver pronto —dice Loli desde el otro lado de la calle.

—Cállate, que esto es culpa tuya, si hubieras venido más pronto y no te enrollases tanto dándole a la lengua, ya estaríamos acabando.

—Mira, bonita, estoy de vacaciones y no me levanto antes de las ocho a no ser que caiga una bomba —dice y Triana la ve torcer al final de la calle.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta jadeando, después de hacer una carrera para llegar hasta ella.

—¿Cómo que qué hago? Caminar, eso hago. ¿O piensas que esto se va a repartir solo? Loli la mira enfurruñada, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Y el coche? —a Triana se le van a salir los ojos de la cara.

—¿Qué le pasa al coche? —pregunta Loli mientras deja un folleto en un buzón.

—Pues que está allí —dice y señala hacia atrás—. ¿No vamos a buscarlo?

Loli se gira y la mira de arriba abajo antes de soltar una carcajada.

—Mira, Triana, si te piensas que cada vez que terminemos una calle voy a coger el coche para ir a la siguiente, te dejo aquí para que te espabiles tú sola y me voy a mi casa.

—Hombre, en cada calle no, pero no sé, cada dos manzanas igual estaría bien, Loli, que cada minuto que pasa el sol calienta más y a mí las chanclas ya se me están pegando en el asfalto.

—No tengo intención de mover el coche de dónde está, ¿te enteras? Este pueblo es pequeño y vamos más rápido a pie que si lo tengo que estar moviendo todo el rato. Además, hacer ejercicio no te vendrá mal, que se te está poniendo el culo gordo.

—A la que se le va a poner gordo es a Vero —se ríe Triana—, se pasa el día sentada en el despacho y no se mueve. Ya le he dicho que, como no haga un poco de ejercicio, pronto no podrá sentarse en la silla porque no le entrará el culo.

—Mira que eres burra, está sentada porque no tiene nada que hacer, pero cuando nuestro esfuerzo comience a dar sus frutos —enfatisa mientras coloca un folleto debajo del limpiaparabrisas de un coche—, no parará de moverse y la que se pondrá como una mesa serás tú.

—¿Yo? Pero si voy a trabajar con ella, ¿no te lo he dicho? Seré su ayudante —explica Triana ofendida.

—¿Tú su ayudante? —a Loli se le escapa una carcajada fuerte que hace resoplar a su amiga—, pero si no tienes ni idea de cómo investigar nada.

—No hace falta, ella me dirá lo que tengo que hacer y yo lo haré, nos tendrías que

haber visto en casa de Amparo, formamos un equipo formidable y te aseguro que, sin mi ayuda, Vero no habría resuelto el caso —se pavonea con orgullo.

—Eso no era un caso, Triana —a Loli le cuesta contener la risa—, se trataba de coger a una serpiente, es normal que Vero no tuviera ni idea de cómo hacerlo, pero en casos de verdad, de los que investiga un detective privado, la que no sabrá hacer nada serás tú.

—Eso ya lo veremos —dice ahuecándose la camiseta de tirantes para que le entre un poco de aire—, yo aprendo muy rápido. Joder, qué calor hace, esto no está pagado con nada.

—Eso digo yo, vais a tener que invitarme a muchas cervezas —dice Loli tan sofocada como su amiga.

—Yo debería cobrar más que Vero, ella está sentadita en casa con el aire acondicionado y mírame a mí, aquí con este solazo que acabará conmigo.

—De tu parte, quiero la mitad —suelta Loli.

—Una barbacoa de las buenas y vas que te estrellas, abusona.

—Me sirve —dice Loli mientras llegan a la siguiente calle—, a ver si le entra trabajo pronto, que esto es más aburrido de lo que pensaba.

Triana suspira y mira al cielo, no hay ni una sola nube que pueda protegerlas y calcula que les quedan al menos dos horas antes de terminar, solo espera no desmayarse antes.

Capítulo 3

Verónica está en el despacho sin saber qué hacer, ya ha quitado el polvo de todas las estanterías y la mesa y buscado en internet todos los sitios donde le puede resultar interesante anunciarse.

Ha calculado el presupuesto, tampoco pueden pasarse y ha elegido un par de revistas publicitarias de la zona y un cartel luminoso situado en la plaza del pueblo. Con eso y la publicidad que Triana y Loli están repartiendo, si no les entra ningún caso en el próximo mes, más vale que se plantee buscar otra alternativa como repartir paquetes de Amazon por la provincia.

Agobiada, se recuesta en la silla y mira hacia las dos estanterías que hay en el despacho. En la primera, están todas las carpetas de los casos en los que trabajó mientras vivía en Barcelona. La segunda espera llenarla con los casos en los que trabaje desde que se ha mudado a vivir con Triana, por ahora solo hay uno —el caso Alicante— y no solo no lo considera un caso como tal porque, en su opinión, no tiene nada que ver con su trabajo, sino que le provoca escalofríos cada vez que lo recuerda.

Su móvil vibra con una notificación y cuando la abre se encuentra con una foto de Triana y Loli después de haber metido la cabeza debajo de una fuente. Verónica se ríe y mira por la ventana, supone que ya deben estar por encima de los treinta grados a pesar de que son solo las once de la mañana, y siente compasión por Triana, sabe que se esfuerza y se lo agradece, así que le envía un corazón y le dice que la echa de menos. Está dejando el móvil sobre la mesa cuando el teléfono del despacho comienza a sonar.

A Verónica se le acelera mucho el corazón y carraspea para aclararse la voz antes de descolgar.

—Detective Bas —dice tratando de sonar lo más profesional posible.

—Buenos días —contesta una mujer que Verónica calcula que será de mediana edad —. Mire, tengo un pequeño problema y quería contratarla para que me ayude —dice la mujer.

A Verónica se le ensancha una sonrisa amplia y tiene ganas de saltar y chillar de alegría, pero aguanta el tipo como puede, ya lo celebrará con Triana cuando vuelva.

—Claro, por supuesto, ¿de qué se trata?

—Verá, es algo muy urgente, mi hijo de diez años ha tirado un objeto dentro del pozo y necesito recuperarlo hoy mismo.

Verónica se queda en silencio, descolocada y sin estar segura de haber entendido bien lo que le ha dicho.

—Disculpe, pero ¿ha dicho dentro de un pozo? —pregunta notando como un repentino mal humor se instala dentro de ella.

—Sí, en un pozo —confirma la mujer.

—¿Un pozo de verdad? ¿De los que tienen agua?

—Sí, claro, el que tenemos en el patio —señala con obviedad la mujer.

—¿Cómo se llama usted, señora? —pregunta Verónica haciendo una respiración profunda y lenta para calmarse.

—Isabel, Isabel Molina.

—Muy bien, Isabel. A ver si la he entendido, me ha dicho usted que su hijo de diez años ha tirado algo dentro de su pozo y usted lo quiere recuperar. ¿Es eso?

—Sí, exacto, eso mismo.

—¿Y cómo pretende que haga yo eso? —pregunta sin esconder su desagrado.

—Pues, mujer, bajando a por él, por supuesto.

—¿Quiere que me meta en su pozo para coger lo que su hijo ha tirado? —pregunta perpleja.

—Sí, justo eso.

—Señora, yo no me dedico a eso. Mi trabajo es investigar cosas, si su hijo ha tirado algo por el pozo, avise a los bomberos —dice ofendida—, que tenga un buen día.

—Espere, no me cuelgue —suplica la mujer en voz tan alta que Verónica la escucha cuando estaba a punto de dejar el auricular sobre la base—. Los bomberos solo acuden en caso de que se trate de animales o personas, no van a venir porque mi hijo haya hecho una travesura.

—Ni yo tampoco, Isabel —contesta Verónica—, ni siquiera sé cómo bajar a un pozo, además, seguro que es peligroso.

—Qué va, si casi no tiene agua. Venga a verlo, seguro que se le ocurre una manera.

—Ya le he dicho que yo no me dedico a eso. Pídaselo a su marido o a algún vecino.

—Mi marido está fuera trabajando y no vuelve hasta el fin de semana, y el único vecino con el que tengo confianza pesa más de cien kilos, si se mete por ahí, seguro que no podrá salir. Además, no sé por qué le da tanto reparo, me parece mucho peor lo que le pasó a Amparo con la serpiente y bien que fue usted a por ella y la sacó de su casa como una heroína —dice haciéndole la pelota.

Verónica se queda alucinada, el caso Alicante no solo le provocó pánico, sino que va a ser el causante de que en ese pueblo se piensen que pueden llamarla para cualquier cosa extraña que les pase.

—Por favor, solo le pido que venga a verlo —insiste Isabel—, le pagaré lo que me pida.

La detective se queda en silencio durante varios segundos en los que la mujer permanece expectante. Verónica decide no pensar en la barbaridad que le están pidiendo y centrarse en el dinero, no pueden permitirse rechazar entradas de efectivo por muy descabellado que sea el caso del que procede.

—Está bien, deme la dirección. Lo hablaré con mi socia y nos pasaremos a ver el pozo, pero no le prometo nada.

—Claro, claro —dice Isabel a punto de aplaudir—, tome nota.

—Una cosa más, Isabel —dice Verónica cuando termina de anotar la dirección—. ¿Qué es lo que ha tirado su hijo por el pozo? Porque si es algo de peso, se habrá hundido y la corriente subterránea se lo habrá llevado.

—Ah, no, no pesa nada, no se preocupe, está flotando, por eso la he llamado.

—¿Y no me va a decir qué es?

—Es un objeto de mucho valor personal para nosotros y prefiero no mencionarlo por teléfono.

Verónica intenta imaginar algo de valor que no pese lo suficiente como para hundirse, pero no se le ocurre nada.

—Está bien. La veré más tarde.

—Muchísimas gracias —dice Isabel.

En cuanto cuelga, Verónica coge su móvil y marca el número de Triana.

—Dime, preciosa —contesta Triana medio asfixiada.

—Deja de repartir publicidad y vuelve a casa, amor —le pide Vero en tono imperativo.

—A ver, nena —dice Triana sorprendida—, yo encantada porque nos estamos deshidratando, pero todavía nos falta la mitad por repartir, ¿por qué quieres que volvamos?

—Porque la gente de este pueblo se ha vuelto loca.

Capítulo 4

—¿Seguro que no quieres entrar con lo chafardera que eres? —le pregunta Triana a Loli en la puerta de su casa.

—Yo no soy chafardera, bueno, un poco sí —reconoce con una sonrisa malvada—, pero estoy pegajosa y lo que quiero es darme una ducha antes de comenzar a hacer la comida. Después te llamo y me lo cuentas, o nos vamos a última hora de la tarde a la terraza de siempre y me invitáis a unas cervezas y unas tapas. Sí, eso mucho mejor —concluye mientras asiente y se dirige hacia su puerta.

—Qué morro tienes —dice Triana sacando las llaves de su casa.

—Morro el tuyo, que me has tenido repartiendo publicidad bajo el sol por la cara.

—Por la cara, no, que ya te lo vas a cobrar, so perra. Hablamos después.

Triana no necesita meter la llave en la cerradura, porque Verónica ha escuchado las voces desde el interior y ha salido del despacho para abrir la puerta.

—Hola —Triana le da un beso en los labios.

—Buff, qué mal hueles —dice Vero arrugando la nariz.

—Alguien tiene que hacer el trabajo duro en esta casa —protesta Triana y se quita la camiseta de camino hacia el baño—. ¿Me traes unas bragas? Voy a ducharme.

—¿No quieres saber por qué te he llamado? —pregunta Vero perpleja, no es que se considere una cotilla, pero si a ella Triana le hace una llamada como la que le ha hecho ella, la estaría interrogando desde el momento en que ha entrado por la puerta.

—Claro, pero también quiero oler bien, me lo puedes contar en el baño —contesta Triana.

Vero se ríe y va a la habitación, donde le coge ropa limpia para después ir hasta el baño, bajar la tapa del inodoro y sentarse en ella mientras Triana está en la ducha.

—Pues ha llamado una mujer para contratarnos —comienza a explicar.

Triana abre la mampara y se asoma con el pelo chorreando.

—¿De verdad? Eso es una noticia estupenda —dice sonriente—. ¿De qué se trata?

—Eso es lo malo, te vas a quedar muerta —rezonga Vero.

Triana vuelve a asomarse, esta vez intrigada.

—¿Por qué?

—Quiere que nos metamos en un pozo.

A Triana los ojos se le abren de par en par.

—¿En un pozo? ¿De qué hablas, Vero? ¿Qué clase de caso es ese? —pregunta Triana tan descolocada como se ha quedado la detective cuando ha recibido la llamada.

Esa reacción sirve de detonante para que Verónica explote y comience a explicarle —entre ofendida y escandalizada— todos los detalles de la conversación que ha tenido con Isabel sin apenas hacer una pausa para respirar.

—¿Tú conoces a esa mujer? Debe ser una loca —dice para terminar, mientras aprovecha y recupera el resuello.

—No me suena ninguna Isabel —responde Triana, que acaba de salir de la ducha y se está secando el cuerpo con la toalla.

—Al final se ha puesto tan pesada que le he dicho que pasaríamos a ver el pozo, pero no pienso ir —dice y se cruza de brazos, está tan ofendida con los hechos que de pronto ya no le importa el dinero.

—¿Por qué?

La pregunta de Triana la deja clavada en el sitio.

—¿Cómo que por qué? ¿Tú has escuchado lo que te he contado o se te ha metido agua en los oídos y te has quedado sorda?

—Oye, relájate —dice Triana divertida—, que se te está inflando esa venita de la sien izquierda y te podría explotar.

—Perdona —se disculpa Vero—, es que no entiendo a qué viene tu pregunta.

—Pues a que no perdemos nada por ir a echar un vistazo, nena, es solo un pozo, nosotras tenemos uno en el patio, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo, y nunca se me ocurriría meterme dentro por muy valioso que fuera lo que se me ha caído.

—No es difícil entrar, si es ancho como el nuestro se puede bajar haciendo oposición con la espalda y los pies.

—¿Qué? —pregunta Vero sin tener ni idea de lo que le dice.

—Da igual, ven, vamos a mirar el nuestro.

Triana no le da opción a protestar, se pone las chanclas, la coge de la mano y tira de ella hacia el patio.

Verónica mira el pozo casi con el mismo terror con el que miraba a la serpiente en casa de Amparo.

—Vamos a quitar la tapa —dice Triana y levanta la madera que cubre el agujero.

Las dos se asoman al interior, su pozo tiene una anchura considerable y una profundidad que ambas desconocen, pero Triana, la vez que lo vio más vacío, calculó que al menos se hundía siete metros sin llegar a la corriente subterránea, ahora tienen agua a tres metros de profundidad.

—Dios, qué miedo —dice Vero—, a saber la de bichos que hay ahí.

—¿Qué bichos? —pregunta Triana confusa—. Esta agua está limpísima, amor.

—Ya, claro.

—Qué sí, ¿no ves que ahí abajo no hay luz? Si no hay luz, no hay vida.

Verónica no puede discutir un dato que desconoce, pero después lo buscará en internet porque no se fía mucho de Triana, sabe que dirá cualquier cosa para convencerla.

—¿Qué es eso de la oposición que has dicho antes? —pregunta Vero.

—Es algo que se utiliza mucho en espeleología —Triana pone cara de interesante, Vero de impaciencia—, vale, vale. Se trata de apoyar el culo, la espalda y las palmas de las manos en un lado de la pared y los pies en la de enfrente, siempre que la distancia lo permita, por supuesto. De ese modo puedes aguantarte de una manera sorprendente y subir y bajar entre paredes estrechas o desplazarte lateralmente, yo lo hice una vez en una cueva de Cantabria.

—¿Estás diciendo que bajemos así?

—Yo solo expongo opciones, Vero, ¿por qué no dejas de quejarte y vamos a ver el pozo de esa tal Isabel? Lo estudiamos bien. Si lo vemos factible y seguro, bajamos a por lo que sea que ese niño diabólico ha tirado dentro, y si no, pues nos volvemos a casa y nos tomamos una cerveza fresquita en la sombra antes de comer, eso sí, el desplazamiento se lo cobramos, que salir con estos calores tiene que estar recompensado.

Vero la mira estudiando su expresión, Triana fue la que la convenció de que la serpiente de la casa de Amparo no mediría más de un palmo y se encontraron con una Alicante de casi un metro. Triana es muy exagerada para unas cosas y tiene tendencia a minimizar otras como esta, no puede permitirse correr riesgos.

—¿Me lo prometes? —pregunta entornando los ojos.

—¿Prometer qué? —Triana se ha perdido.

—Que si es peligroso no insistirás en que aceptemos, que tú por dinero haces lo que sea.

—Menos prostituirme —aclarar Triana—, aunque si me hacen una buena oferta...

Verónica se ríe por el comentario y las dos vuelven al interior de su casa dispuestas a ir a la de Isabel.

Capítulo 5

—A ver, dime dónde vive nuestra amiga Isabel —dice Triana en cuanto salen a la calle.

Verónica saca el papel donde ha apuntado la dirección y la lee en voz alta.

—Anda —exclama Triana sonriente—, si esa calle se cruza con la de Amparo. Seguro que son amigas —dice haciendo una mueca tonta.

—O es la zona maldita —farfulla Verónica—, no deberíamos acercarnos.

—Al contrario, es la zona de la suerte, la nuestra —especifica divertida—, que de ahí vienen los billetes —dice y pone el coche en marcha.

—Espero no tener que saltar por encima de la valla para entrar —ironiza Verónica cuando llaman al timbre diez minutos después.

En este caso, la puerta se abre de inmediato y una mujer elegante y arreglada como si tuviese una comida importante, las recibe con gesto impaciente.

—Soy la detective Bas —se presenta Verónica—, y ella es mi ayudante, Triana.

—Para servirla —dice Triana muy dispuesta mientras se da aire con la mano.

—Ah, qué bien que hayan venido, pasen, pasen —Isabel se hace a un lado y las dos mujeres entran.

Triana frunce el ceño de inmediato y mira a Vero, pero ella no entiende qué es lo que le pasa hasta que abre la boca.

—Qué calor hace aquí, ¿no tiene el aire puesto, señora? —pregunta Triana, que lo está viendo en una de las paredes del comedor y no entiende qué hace apagado.

—No, tengo al pequeñín malo por culpa de ese trasto.

En ese momento, aparece un niño de unos diez años por una de las puertas, lo hace de sopetón, vestido solo con un pantalón corto mientras sostiene una metralleta de las que disparan dardos.

—¡Intrusas! —grita, y antes de que su madre pueda abrir la boca, dispara y le da a Triana en toda la frente.

—¡Ostras! —dice Vero entre sorprendida por la puntería del niño y divertida por la cara de circunstancias de Triana, que se ha quedado inmóvil.

—La leche, si tengo la boca abierta me lo mete dentro —murmura Triana.

—¡Dylan! —grita Isabel roja de vergüenza—. Pide perdón y deja ese cacharro ahora mismo.

Dylan, que a Triana le parece la misma reencarnación del diablo, sonríe de manera maquiavélica mientras niega con la cabeza antes de salir corriendo por la puerta del patio.

—Maldita la hora en la que su padre le regaló esa cosa —masculla la madre.

—¿Ha pensado en apuntarlo a tiro al plato? —dice Triana—, con esa puntería, en un par de años será campeón olímpico.

Vero le da un codazo para que se calle y deje de ironizar. Isabel le está dando pena, no se quiere imaginar cómo debe sentirse siendo madre de un niño como ese.

—Lo siento —se disculpa Isabel—, nos mudamos a este pueblo hace poco y todavía no tiene amigos. Se pasa el día haciendo trastadas para protestar, no le gusta estar aquí.

—No se preocupe, se acostumbrará, aquí hay mucho campo —dice Triana.

—¿Vemos ese pozo? —decide intervenir Vero para que Triana deje de hablar del niño como si fuera un salvaje.

—Sí, claro, por aquí.

Isabel tiene una mosquitera exactamente igual que la que tiene Amparo y, cuando Verónica la cruza, no puede evitar mirar hacia el suelo con repelús, esperando encontrar otra Alicante intentando entrar en la casa.

—Ahí lo tienen.

Isabel señala el pozo en el mismo momento en que se escucha llorar a otro niño en el interior de la casa. Triana se gira horrorizada, incapaz de contener sus pensamientos.

—¿Tiene otro? —pregunta con cara de espanto.

—Sí, ese es el pequeño, tiene tres años y ha cogido un buen resfriado. Si me disculpan un momento, voy a ver qué le pasa. ¡Dylan, pórtate bien! —le grita al de la metralleta de dardos, que está al fondo del patio haciendo puntería contra una diana que ha dibujado en el tronco de un olivo.

—Madre mía, qué estrés, solo con ese yo ya me habría vuelto loca —dice Triana señalando a Dylan.

—Por eso es mejor tener mascotas —suelta Vero en un ataque de sinceridad. Ella suele ser más correcta, pero Dylan la inquieta mucho.

—¿Ahora sí que quieres que tengamos una mascota? —pregunta Triana acercándose al pozo.

—No he dicho eso.

—Pero un gatito nos iría muy bien, nena —vuelve a intentarlo Triana—, si Amparo hubiera tenido uno, seguro que esa serpiente no se le hubiera metido en casa.

—¿Puedes no hablar de una serpiente cuando vamos a abrir la tapa del pozo? —se queja Vero.

—¿Crees que va a salir una en cuanto la levantemos? —se burla Triana.

—¿A que me largo?

—Vale, vale, ya me callo. Tú coge de ese lado y yo de este.

—Este pozo es más grande que el nuestro —comenta Verónica colocándose en el lado opuesto.

—Sí, ya me he dado cuenta. Venga, a la de tres. Una, dos y tres.

Al igual que en su pozo, levantan la tapa con poco esfuerzo, pero se encuentran con que se les queda bloqueada cuando apenas la han alzado diez centímetros.

—¿Por qué no se abre? —pregunta Triana a la vez que hace fuerza hasta ponerse roja, aunque a pesar de su esfuerzo la tapa no se mueve ni un centímetro de más.

—Para, para —dice Verónica.

Ella es de la opinión de que más vale la maña que la fuerza, por eso se ha agachado para ver si hay algo que obstruya la salida de la tapa y se ha dado cuenta de que está encadenada a la pared del pozo y sujeta con un candado.

—Está bloqueada con un candado por este lado —explica y le hace una señal a Triana, que también se agacha para comprobar el suyo.

—Anda, por aquí también.

—Perdón, perdón —aparece de repente Isabel con una llave en la mano—. Mi marido lo puso cuando nos mudamos aquí, nos daba miedo que Dylan hiciera una de las suyas y acabase dentro. Lo malo es que la cadena da algo de juego, el suficiente para que haya

tirado lo que para mí es lo máspreciado ahora mismo —explica mientras abre los candados—. Cuando vuelva, tengo que decirle que busque otra manera de cerrar esto para que no se levante ni un centímetro.

—Eso es fácil, se va usted al campo, se trae cuatro pedruscos de esos que pesan quince kilos y ya le digo yo que su hijo no vuelve a levantar la tapa —dice Triana mientras asiente convencida, orgullosa de su idea.

Isabel la mira sin parpadear.

—Bueno, vamos a quitarla —dice Vero aguantándose la risa.

Las dos mujeres dejan la tapa en el suelo y se asoman al pozo. Verónica siente un escalofrío, más o menos está igual de lleno que el suyo, solo que a este, ahora mismo el sol le da de lleno y le parece que la profundidad es infinita y oscura. De inmediato, las dos se fijan en algo blanquecino un poco más pequeño que una pelota de fútbol que flota pegado a la pared.

—¿Qué es eso? —pregunta Vero con cara de asco.

Triana clava la mirada y cabecea.

—Parece una rata muerta —comenta mirándolo desde diferentes ángulos.

—No es una rata, es Papaya, el osito de peluche de mi hijo pequeño.

—Ah —dice Triana.

—¿Y dónde está ese objeto de valor que dice que ha tirado Dylan? —pregunta Vero —, yo no veo nada más.

—Ese es el objeto —declara Isabel y las dos mujeres se giran y le clavan la mirada.

—¿Me toma el pelo? —pregunta Vero irritada.

—Para nada, es su peluche favorito.

—Pues vaya a la tienda y le compra otro —espetea Triana.

—No puedo, lo tiene desde que era pequeño y no se duerme sin él. Ustedes no lo entienden, si no recupero ese peluche, me espera una larga noche de insomnio. Una vez nos fuimos un fin de semana a casa de mi hermana y nos lo dejamos en casa, nos tuvimos que volver a las tres de la mañana porque era imposible dormir, no dejaba de llorar llamando a Papaya —explica agobiada como si estuviera narrando un hecho traumático—, está muy apegado a ese muñeco... ¡Y su hermano lo ha tirado al pozo! —exclama mirando a Dylan en un repentino ataque de histeria—. Vas a estar castigado toda la semana —le dice y lo señala, a Dylan le entra por un oído y le sale por el otro.

—Vale, relájese, Isabel —dice Triana sintiendo compasión por la mujer, no quiere ni imaginarse lo que debe ser aguantar a Dylan por el día y al pequeño llorando por la noche. A ella le explotaría la cabeza.

—¿Lo van a recuperar? —pregunta la mujer con tono suplicante.

Triana y Verónica se miran.

—¿Nos da un minuto para que lo estudiemos? —le pide Triana a Isabel.

—Sí, por supuesto, voy a ver si el pequeño quiere comer mientras tanto.

Isabel desaparece de su vista y Triana se mete debajo del tejado voladizo que sobresale de un trastero que hay cerca del pozo. Necesita cubrirse del sol.

—Madre mía, si me echas un huevo en el brazo seguro que se fríe —dice tocándose la piel con la mano.

—Qué dramática —dice Vero, pero también busca refugio en la sombra.

—Vale, yo creo que es muy fácil —dice Triana y a Verónica le cambia la cara.

—¿Fácil?

—Sí, cogemos una cuerda, le atamos un alambre con forma de gancho y pescamos a Papaya.

—Ah —a Vero se le ensancha una sonrisa, todo lo que no implique tener que meterse en el pozo, le gusta—, ese plan es muy bueno.

—Lo sé —Triana se regodea inflada como un pavo—, ese es el plan A. Si falla pasaremos al plan B.

—¿Y cuál es el plan B? —Vero pregunta con inquietud, presiente que ese no le va a gustar.

—Bajar a buscarlo.

—Lo sabía —resopla—, y según tú, ¿cómo vamos a bajar? Porque no sé si te has dado cuenta, pero me parece que es demasiado ancho como para bajar en oposición como tú decías. A ti las piernas no te llegan de una pared a otra, y a mí me llegaría muy justo, si calculo mal, me voy para abajo.

—Sí, ya lo tengo en cuenta —dice Triana con una sonrisa que a Verónica le gusta muy poco.

—¿Y entonces?

—Pues te ato una cuerda a la cintura y te sujeto, eso te dará seguridad para llegar abajo —dice con convicción.

—¿Pretendes que baje yo? —pregunta Vero horrorizada.

—Pues claro, tú pesas menos y yo sé cómo manejar cuerdas, además tengo más fuerza que tú y te puedo sujetar —dice y hace músculo con el brazo, aunque en realidad apenas se le marca nada.

—Y una mierda, yo no bajo.

—No, no, claro que no, si seguro que con el gancho lo *averiguamos* y queda resuelto —le asegura Triana.

—¿Lo averiguamos? —repite Vero exasperada—. ¿Por qué los cordobeses utilizáis la palabra averiguar para todo?

Hasta antes de mudarse al pueblo, Verónica pensaba que esa palabra era una muletilla que utilizaba Triana por algún motivo que ella era incapaz de imaginarse, pero desde que está allí, se ha dado cuenta de que es una expresión que los cordobeses utilizan para cualquier cosa que hacen, resuelven o buscan.

—Averiguar, resolver... Lo mismo da, lo enganchamos y punto.

—Eso ya lo ha intentado mi madre y no ha funcionado —las dos se giran hacia la procedencia de la voz infantil y se encuentran a Dylan con su metralleta entre las manos y una sonrisa malvada mientras mira el pozo.

—Tú, calla, niño, que nadie te ha preguntado —espetea Triana, que no está dispuesta a que el mocoso espante a Vero y pierdan un dinero que le parece muy fácil de ganar.

Sin que se lo espere, Dylan le apunta con el arma y vuelve a dispararle, esta vez le da en un ojo antes de salir corriendo ante la mirada atónita de Vero, que acaba de perder el mal humor.

—¿Estás bien? —pregunta la detective aguantándose la risa.

Triana se frota el ojo con gesto dramático, aunque en realidad, no le molesta en absoluto.

—Ese niño es Satanás, nena, y la ha tomado conmigo, hemos de recuperar a Papaya cuanto antes para largarnos de aquí.

—Sí, vale —secunda Verónica—, voy a pedirle a Isabel la cuerda y el gancho que ha

utilizado para intentar pescar a Papaya. Tú procura que no te dispare de nuevo.

Capítulo 6

Isabel está ocupada dando de comer a su hijo más pequeño, así que Verónica, después de escuchar sus explicaciones, se dirige hacia la repisa de la ventana de la cocina y allí encuentra la cuerda que la dueña de la casa ha utilizado para intentar recuperar el peluche.

—Este gancho es una porquería —dice Triana mientras lo examina—, es un alambre que no pesa, ni siquiera se hunde.

—No necesitamos que se hunda, solo que se enganche a Papaya por la ropa —dice esperanzada Vero, que se lo quita de las manos y se acerca al pozo.

Las dos miran hacia el fondo con inquietud; el peluche flota de manera tétrica junto a la pared, sobre un agua cuyo fondo es tan oscuro, que las dos ven sus siluetas reflejadas como en un espejo.

—Venga, Papaya, colabora un poco —sisea Vero al mismo tiempo que lanza la cuerda con el alambre y trata de engancharlo.

Tal y como había advertido Triana, el gancho no parece hundirse, pero tampoco pueden confirmarlo porque desde esa altura y con tan poca luz abajo, les cuesta mucho ver nada.

La detective hace varios intentos desesperados en los que mueve la cuerda de un lado a otro y va tirando hacia arriba con la esperanza de que en uno de ellos, el alambre se enganche al peluche, pero siempre fracasa.

—Pruébalo tú —le dice a Triana con gesto frustrado.

—Ya te he dicho que esto no sirve, lo mejor es bajar —suelta la cordobesa.

—¿Puedes intentarlo al menos? —insiste Vero comenzando a mosquearse.

Triana acepta la cuerda y se esfuerza todo lo que puede en rescatar a Papaya, pero todos los intentos son inútiles y la espalda le está ardiendo con el sol.

—Escucha, si bajas será un momento —le dice a la detective, todavía con el cuerpo inclinado sobre el pozo mientras la mira con la cabeza ladeada—. Esta cuerda es resistente, te la ato a la cintura y tú solo tienes que descender con cuidado, coges a Papaya y subes. Te aseguro que con esa técnica que te he explicado, el esfuerzo es mínimo, además, es muy divertido.

—Divertido para ti —bufa Vero.

Triana se incorpora y se acerca a ella mientras sube la cuerda para quitar el gancho.

—Venga, nena, serán diez minutos y le podemos sacar trescientos euros por el trabajo.

—Más doscientos por el plus de peligrosidad —dice Vero haciendo cálculos.

—Sí, por supuesto —la apoya Triana sonriente—, y si le parece caro, que baje ella a por el peluche ese tan hortera, o peor, que aguante el llanto del crío por la noche —añade con una sonrisa casi tan malvada como la de Dylan.

—¿Estás segura de que puedes aguantarme con la cuerda? —pregunta Verónica, que cada vez está más convencida.

—Pues claro, tú no te preocupes, que yo jamás permitiré que roces el agua.

Triana quita el alambre que hacía de gancho de la cuerda y lo deja todo sobre el borde del pozo para ir a hablar con Isabel, sin darle tiempo a Verónica de pensarlo más o

arrepentirse de su decisión.

A Isabel la boca se le abre con espanto cuando escucha el precio, pero tras meditarlo unos segundos mientras mira a su hijo menor, finalmente acepta sin poner objeción alguna. Triana se pregunta cómo debe ser el llanto de ese niño y su capacidad pulmonar para que la madre esté dispuesta a pagar esa cantidad por recuperar un peluche que no debe costar más de diez euros.

—De acuerdo, ¿tiene alguna linterna de esas que se ponen en la cabeza? —pregunta Triana señalándose la frente—, así Vero tendrá más visión cuando esté abajo.

La detective la mira agradecida por tener en cuenta ese detalle en el que ella no había pensado y le sonríe.

—De esas no, pero tengo una para leer que se coloca alrededor del cuello como un collar y da mucha luz —explica Isabel poniéndose en pie—. ¿Sirve esa?

—Sí, por supuesto —contesta Triana—, cuanta más luz, mejor.

Isabel entra en su habitación y cuando sale les entrega la linterna, que Triana le coloca a Vero a modo de colgante.

—Fíjate, tiene una luz en cada extremo y la puedes mover hacia donde necesites —dice Triana sorprendida por el invento.

—Es una maravilla —interviene Isabel como si se llevase una comisión por venderla—, desde que la descubrí, puedo leer libros por la noche sin molestar a mi marido con la luz de la mesilla.

Triana asiente mientras piensa que ese puede ser un buen regalo para Vero, a la que le encanta leer libros en papel y no en formato electrónico.

—Bueno, vamos allá —dice la detective, que quiere acabar con el asunto cuanto antes.

Las dos salen al patio y lo primero que hace Triana, es localizar a Dylan para asegurarse de que lo tienen lejos, después coge la cuerda y ata un extremo bajo los brazos de Verónica.

—¿Estás cómoda? —pregunta mirándole el pecho.

—Todo lo cómoda que se puede estar con una cuerda sobre las tetas.

Triana sonríe y le da un beso en la mejilla.

—Venga, que después te haré un masaje de los que te gustan y prestaré especial atención a esta parte tan bonita de tu cuerpo.

A Triana se le van a salir los ojos y Vero la reprende.

—Céntrate, que si te pones cachonda no te funciona la cabeza y eres capaz de soltar la cuerda.

—Sí, vale, vale —Triana sonríe de manera perversa y carraspea.

Verónica pone los ojos en blanco y se sienta en la parte superior del pozo, colocándose al lado del agujero mientras se mentaliza de lo que va a hacer. Tras unos segundos, se coloca justo encima del agujero, situando el culo en el borde y las suelas de sus deportivas en el otro extremo.

—Pues vas a llegar mejor de lo previsto —dice Triana.

Verónica asiente, le había dado la impresión de que tendría que estirar las piernas al máximo para alcanzar el otro extremo, pero ahora se da cuenta de que se puede permitir tenerlas flexionadas, y eso le da mucha mayor estabilidad, y también seguridad en sí misma.

—Tú no mires hacia abajo —dice Triana—, ahora pon un pie en esa pared, después el otro y cuando te sientas segura, apoyas las palmas de las manos y el culo en este lado y

comienzas a bajar.

La detective no puede evitar sentirse un poco nerviosa, pero por encima de eso, tiene otra sensación de emoción que la sorprende cuando se da cuenta de que, de repente, la idea de bajar utilizando esa técnica, le apetece y le parece divertida.

—Vale, voy a hacerlo —dice y mira a Triana con una sonrisa de satisfacción.

—Perfecto, amor —Triana le enciende la linterna, le da un beso en los labios y coloca las piernas en una posición que le permitan sujetar a Verónica con firmeza si lo necesita.

En realidad, las dos son conscientes de que, si Vero se resbala, Triana no podrá sujetarla y acabará dándose un chapuzón, pero ninguna lo dice porque están convencidas de que el plan va a funcionar sin contratiempos. Ambas se equivocan.

Capítulo 7

Vero comienza a descender despacio, sorprendida porque, aunque jamás ha utilizado esa técnica, no le está costando bajar ni siente que se cansa. Lo que sí nota es el frío, conforme baja, el sol deja de darle y desde la profundidad del pozo percibe una gelidez que, por un lado agradece y por el otro, le produce una extraña sensación de inquietud.

—Esto está muy oscuro, Triana —dice cada vez más tensa.

—Para eso llevas la linterna, venga, que lo estás haciendo muy bien, ya llevas más de la mitad, un poco más y alcanzarás a Papaya y nos iremos de aquí con la semana arreglada.

Triana no puede verlo, pero Verónica sonríe mientras piensa en el dinero.

Cuanto más descende, más húmeda está la pared del pozo y más miedo le entra de resbalar y caer. Se pone tensa y los músculos comienzan a dolerle, pero nada que no se resuelva después con uno de esos maravillosos masajes que Triana suele darle.

—Me falta muy poco —dice eufórica.

—Sí, ya te veo —Triana miente, desde esa altura, le cuesta distinguir la distancia entre la detective y el agua, pero dirá lo que haga falta para no poner nerviosa a Vero.

Verónica está a un palmo del agua, sin embargo, al bajar, no ha tenido en cuenta la posición del peluche y no llega con la mano.

—No puedo cogerlo —dice volviendo a pegar la mano a la pared, notando como el frío le está congelando las nalgas poco a poco.

—¿Cómo que no puedes? —pregunta Triana sin soltar la cuerda.

—No llego, me queda muy lejos.

Triana tensa la cuerda y se inclina sobre el agujero todo lo que puede para fijar la mirada. Tras unos segundos enfocando, logra ver el peluche muy cerca del pie derecho de la detective.

—Quita el pie y dale una patada hacia el lado, a ver si así lo acercas y puedes alcanzarlo —dice Triana escuchando el eco de su voz en las paredes.

—No pienso quitar el pie, si lo hago, seguro que pierdo el apoyo y me escurro.

—Tampoco pasaría nada, solo es agua y será un momento.

—Sí, claro —Vero suelta un bufido y por el tono, Triana sabe que la está enfadando —, si es tan fácil, ¿por qué no lo haces tú?

—Porque tú ya estás abajo —Triana tiene que contener las ganas de reírse, le encanta provocar a la detective—. Venga, amor, será un momento, tú inténtalo.

Verónica suelta un resoplido y no contesta, sabe que protestando no va a conseguir nada y empieza a sentirse muy incómoda ahí abajo. Engullida entre el cemento de ese agujero, apenas oye nada del exterior salvo cuando Triana le habla, hace frío y la oscuridad es casi total salvo que mire hacia arriba, donde puede ver un cielo completamente azul y despejado. De repente le entra el agobio, no sabe cuánta batería tiene la linterna que tiene enroscada en el cuello y solo de pensar en que se le apague, le falta el aire.

—Venga, Vero —se dice así misma.

Con mucha inseguridad, comienza a tantear la pared moviendo el pie por ella, separándolo y volviéndolo a poner con rapidez para asegurarse de que, con uno solo,

también puede sujetarse. Triana apenas puede apreciarlo desde arriba, pero la escucha jadear y prefiere no decir nada y esperar a que sea Vero la que se pronuncie.

La detective comienza a confiarse y por fin se decide a separar el pie derecho de la pared mientras ejerce una presión absoluta con el izquierdo, las palmas de las manos y la espalda en el otro lado, tanta, que los músculos cada vez le duelen más e incluso siente un ligero tembleque en la rodilla izquierda.

Con mucho cuidado y sin hacer movimientos bruscos, le da al peluche con la punta de su deportiva. Papaya se desplaza ligeramente, pero no lo suficiente como para que pueda cogerlo. Aun así, Verónica sonríe, sabe que con un par de toques más como ese, será suficiente, podrá agarrarlo y subir.

—Casi lo tengo, no aflojes la cuerda —dice nerviosa, notando que Triana da un ligero tirón que la hace sentir más segura.

—Tranquila, que yo no te suelto, antes me ahorco que dejarte caer.

En realidad, Triana no está haciendo ningún esfuerzo, Verónica se sostiene por sí misma y ella solo se limita a mantener la cuerda tensa para que la detective note que está ahí, pendiente de ella. Confiada y con las dos manos frente a la barriga sujetando la cuerda, Triana vuelve a inclinarse todo lo que puede para intentar ver los avances, pero en medio de esa concentración, le parece ver cómo algo se mueve muy rápido por su derecha. De manera inconsciente y en modo alerta, desvía la mirada lo justo para ver como una lagartija de tamaño muy considerable, corre por el borde del pozo y desaparece justo debajo de ella. Triana se pega tal susto al darse cuenta de que el bicho podría estar rozando su barriga, que se separa de un salto y solo se da cuenta de que ha soltado la cuerda cuando la ve escurrirse por el borde hacia el interior del pozo.

Vero tiene la mirada fija en Papaya y el brazo derecho completamente estirado porque está a punto de alcanzar el peluche con los dedos cuando nota que algo le cae encima. Es incapaz de discernir lo que es, solo nota que la roza por el cuello y por la cara y que parece no terminar nunca.

Su grito de espanto se escucha en medio pueblo. En lo primero que piensa Verónica es en la serpiente que vieron en casa de Amparo y la sola idea de que le haya caído una encima, la hace sacudirse de tal modo que, sin pensarlo dos veces y de manera completamente inconsciente, suelta manos y piernas para quitársela de encima y se va directa al agua.

Se hunde como una piedra y nota la gelidez del agua helarle los huesos. En cuanto saca la cabeza, escupe el agua que le ha entrado en la boca y grita como una histérica hasta que con una mano, roza lo que flota en el agua y se da cuenta de que es la cuerda.

—¡Nena, ¿estás bien?! —pregunta Triana con el corazón latiendo muy deprisa.

—Yo te mato —escupe Vero en medio de la oscuridad.

Mira hacia arriba sin dejar de mover brazos y piernas para mantenerse a flote mientras se pregunta por qué está todo tan oscuro, hasta que descubre que la linterna se ha apagado.

—¿Qué has hecho, Triana? —grita cada vez más nerviosa.

Triana tampoco sabe qué hacer, por un momento, se ha quedado bloqueada, sintiéndose muy absurda por dejar que la asuste una simple lagartija.

—Lo siento, amor, había una lagartija y pensaba que se me había subido encima.

—¿Y sueltas la cuerda por eso? Me estoy congelando, Triana, el agua está muy fría —dice sacudida por un escalofrío.

—Tú no te preocupes que esto lo *averiguo* yo enseguida. ¿No puedes apoyarte otra

vez como estabas antes?

—¡Déjate de averiguaciones! —vocifera con la voz desgarrada.

—Vale, no lo averiguo, lo soluciono —se corrige Triana acojonada por el chillido.

Verónica quiere gritarle todo tipo de improperios, pero siente un miedo terrorífico cuando piensa en que está flotando en medio de esa agua sin saber lo que tiene debajo. Quiere salir cuanto antes, así que, en lugar de protestar y dejar que el frío le entumezca los músculos, decide intentar volver a ponerse en oposición. Lo intenta de todas las maneras, pero estar bajo el agua y tener que pelear por mantenerse a flote, no la ayuda y por más que se esfuerza, lo único que consigue es hundirse una vez tras otra.

—¡No puedo! —grita agobiada—, y me estoy helando. Como algún bicho me roce te juro que te mato, Triana.

—Me hago cargo —contesta mirando a un lado y a otro, encontrándose de repente a Dylan, que ha aparecido a su lado como un espectro—. Como me apuntes con eso te tiro el cacharro dentro del pozo —amenaza Triana señalándolo con el dedo.

—¿Igual que la has tirado a ella? —Dylan se ríe y deja la metralleta a un lado, ya tiene nueva distracción.

—Yo no la he tirado, niño, vete dentro con tu madre.

—No quiero —contesta y se sienta sobre un tronco, sin dejar de mirar a Triana.

—¡Triana! —el grito de Vero la devuelve a la realidad y decide ignorar a Dylan, tiene que concentrarse.

—Vale, hemos de recuperar la cuerda para que yo pueda sujetarte y así puedas volver a colocarte —piensa en voz alta.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Bajar a buscarla? Porque yo no puedo lanzarla y me estoy cansando de bracear. Como me ahogue, te juro que mi espíritu te visitará por las noches, te tiraré de los pies, te destaparé, encenderé las luces y las apagaré...

—Vale, vale, nena —la corta Triana acojonada de pensarlo—. Tú dame un segundo que esto lo soluciono yo en un pis pas.

—Un pis pas, tú todo lo solucionas y al final la pringada soy yo —escucha protestar a Vero, pero la ignora, su mirada se ha clavado en Dylan.

—Oye, niño, ¿tienes un flotador?

Capítulo 8

Dylan le enseña una sonrisa de dientes mellados y asiente al mismo tiempo que extiende la mano con la palma hacia arriba. Triana abre los ojos como platos y parpadea sorprendida cuando ve que el niño no se mueve.

—No me jodas, ¿en serio?

Dylan asiente sin perder esa sonrisa con la que Triana está segura de que tendrá pesadillas. En cualquier otra ocasión, lo mandaría a freír espárragos, pero su única preocupación en ese momento es sacar a Verónica del pozo y no se puede permitir discutir con ese maleante. Se mete la mano en el bolsillo y aprieta la mandíbula con rabia cuando se da cuenta de que lo único que tiene es un billete de cinco euros y no alguna moneda suelta.

—Está bien, toma, Satanás —dice y se lo pone en la mano de mala gana—, ahora trae ese flotador de inmediato.

Dylan abre la boca sorprendido por la generosa propina, se la guarda en el bolsillo y sale corriendo.

—¿Cómo estás, Vero? —Triana vuelve a asomarse al pozo—. Enseguida te saco de ahí, de verdad, estoy solucionando el asunto —dice al mismo tiempo que se abanica con la mano.

El sol le está achicharrando la espalda, pero sabe que si se queja, Verónica se pondrá más histérica de lo que ya está.

—No soy un jodido asunto, Triana, soy tu mujer y estoy dentro de un pozo por tu culpa —ladra Vero desde abajo, agarrada con los dedos a una fisura de la pared para mantenerse a flote.

—¿Por mi culpa? Yo no te he tirado, has resbalado tú, amor.

—¡Has soltado la cuerda y me la has tirado en la cabeza! —grita fuera de sí, haciendo que su propio eco casi la deje sorda—. ¡Me has dado un susto de muerte, pensaba que era una serpiente!

A Triana se le escapa la risa imaginándola, pero se contiene y se mantiene todo lo seria que puede.

—No hay serpientes en los pozos, a lo mejor alguna rata.

A la detective se le tensan todos los músculos de golpe y siente un repentino ataque de asco que la hace chapotear de manera histérica. Triana abre mucho los ojos, consciente de lo inoportuno que ha sido su comentario, y trata de calmarla alzando la voz más que ella.

—Es una broma, nena, te juro que ahí abajo solo estás tú, bueno, y Papaya.

—Te voy a matar, Triana, te juro que cuando salga te estrangulo con mis propias manos —Vero tiene las pulsaciones disparadas, aunque debe reconocer que moverse tanto le ha venido bien para contrarrestar un poco el frío—. Esta agua debe estar a cinco grados, voy a morir de hipotermia —dice tras sufrir un escalofrío.

En ese momento aparece Dylan.

—No seas exagerada, ya me gustaría a mí estar así de fresquita, que no sabes lo mal que lo estoy pasando aquí arriba con este calor espantoso.

—¡Quiero el divorcio! —grita Vero.

Triana no le hace mucho caso porque Dylan le entrega el flotador, desinflado.

—¿Qué mierda es esto, Belcebú? Inflalo.

—No —dice el niño con cara de circunstancias.

—Con lo que te he pagado es lo mínimo que puedes hacer, Lucifer.

—¿Quién es Lucifer? ¿Y Belcebú? —pregunta Dylan intrigado.

—¿Va todo bien?

Isabel por fin ha terminado de dar de comer a su hijo pequeño y ha salido al patio.

—Un pequeño contratiempo, señora —dice Triana señalando el pozo.

—¿Contratiempo? —repite Isabel con cara de susto.

—La otra se ha caído dentro —suelta Dylan con una sonrisa divertida.

Isabel corre hacia el borde del pozo y se asoma, comprobando horrorizada tras conseguir fijar la vista, que Verónica está en el agua.

—¡Dios mío! —exclama tapándose la boca mientras que Dylan no deja de reírse.

—No se preocupe, está todo controlado —dice Triana—. ¿Tiene algo para inflar esto más rápido que soplando a pleno pulmón? —pregunta mostrándole el flotador.

—Sí, claro, la bomba.

La dueña de la casa corre hacia el mismo trastero donde el pequeño Dylan ha estado buscando el flotador y, en cuestión de segundos, vuelve con una bomba de pie que coloca en el suelo. Triana enchufa la manguera en la boquilla del flotador y en menos de un minuto, lo tiene inflado.

—Perfecto —dice atravesando a Dylan con la mirada.

El niño la mira impasible, disfrutando del espectáculo que hay montado en el patio de su casa después de que él haya tirado el peluche de su hermano dentro del pozo. Su cabeza da muchas vueltas planeando su próxima gamberrada, sin duda está siendo un día muy divertido.

—Vero, ahí va un flotador, cógelo —dice Triana dejándolo caer—. Con eso no tendrás que esforzarte por mantenerte a flote, ahora voy a buscar la manera de recuperar la cuerda para sacarte de ahí.

A la detective el flotador le cae en la cabeza, pero esta vez no se queja, tiene frío y está muy agobiada. Desde hace un rato, su mente no deja de jugarle malas pasadas haciéndole pensar en que algún cocodrilo podría llegar hasta ella a través de las corrientes subterráneas y está cagada de miedo.

—Señora, ¿tiene más cuerdas por aquí? —le pregunta Triana a Isabel.

—No, esa era la única, pero puedo ir a casa del vecino y preguntarle —dice nerviosa—. Si no, me puedo acercar al bazar del final de la calle, allí seguro que tienen.

—Pues vaya, vaya —la insta Triana.

—Tú no te muevas de aquí —le dice Isabel a Dylan—, y pórtate bien.

El niño asiente en silencio y Triana pone los ojos en blanco. Decide ignorarlo y se va hasta el trastero a ver si, mientras espera, encuentra algo que le sirva para lanzárselo a Vero y que esta pueda atar la cuerda para recuperarla y así sacarla por fin de ahí.

El trastero es grande y está muy desordenado, como si la familia metiera allí todos los trastos que no saben dónde guardar, de cualquier manera. Triana abre las puertas de dos armarios, en ninguno ve nada que le resulte útil y suelta un bufido de desesperación hasta que de pronto recuerda la manguera que ha visto cerca del pozo.

Sale corriendo del trastero mientras se seca el sudor de la cara con la mano y, en efecto, la ve ahí, colgada perfectamente en el soporte.

—¡Ajá! —exclama victoriosa, tan fuerte, que la detective la escucha.

—¿Qué pasa? —pregunta Vero con la voz de ultratumba que le proporcionan las paredes del pozo.

—Ya sé cómo sacarte de ahí.

Vero tiene ganas de aplaudir durante un instante, pero le duran muy poco porque las ideas de Triana suelen ser muy disparatadas y no está segura de que lo que se le haya pasado por la cabeza vaya a funcionar.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta tensa—, por favor, intenta no caerte tú también.

Triana niega con la cabeza sin contestar, ni por un momento se le ha pasado por la cabeza nada que implique tener que meterse en el pozo ella también.

—Aquí hay una manguera —Triana ya la ha cogido y desconectado del grifo, no sin antes darse un manguerazo para refrescarse—. Al menos mide cinco metros, así que llega de sobra. Te la tiro con el extremo que tiene la pistola para echar agua y tú atas ahí la cuerda para que pueda subirla.

—¡Vale, sí! —Vero tiene los ojos muy abiertos, sorprendida porque la idea no solo es buena, sino que, no le parece peligrosa como todo lo que se le suele ocurrir a Triana.

—Pues allá voy.

Triana, sintiendo que el agua se le evapora del cuerpo y que pronto acabará cocida como un huevo, comienza a dejar caer la manguera con cuidado. Esta vez no piensa cagarla.

—Vale, ya la tengo —dice Vero desde abajo.

La detective, temblando de frío, pasa un brazo por al agujero del flotador para no hundirse y así tener las manos libres. Busca el extremo de la cuerda tirando de la parte que hay atada a su pecho para así encontrarlo, mientras lo hace, se da cuenta con angustia de que se ha formado un nudo. No le parece grave, pero, por si acaso, lo deshace por miedo a que eso complique su rescate. Cuando por fin tiene el extremo que Triana ha soltado, lo ata lo mejor que puede.

—¡Ya está!

—¿Lo has apretado bien? —pregunta Triana desde arriba.

—Pues no lo sé, porque tengo los dedos congelados y he perdido el tacto —se queja Vero.

A Triana le parece que exagera. Sabe que el agua del pozo está fría porque no le da el sol, pero tampoco cree que sea para tanto. Aun así, se calla lo que piensa para no llevarse otro grito histérico de la detective.

—Vale, pues la subo.

Triana comienza a tirar de la manguera poco a poco. Mientras lo va haciendo, llega Isabel con otra cuerda que le ha dejado el vecino.

—He improvisado —explica Triana mientras sigue subiendo la manguera.

—Ah, sí, perfecto —asiente Isabel—, cuanto antes la saque, mejor, que la pobre debe estar muy asustada, no me quiero imaginar lo que debe ser estar ahí abajo, con esa agua tan fría y los bichos que debe haber.

—¿Qué bichos?! —grita Vero, que la ha escuchado.

—Ninguno, amor, ya te he dicho que no hay nada. Señora, donde no hay luz, no hay vida, esa agua está limpiísima —le dice Triana fulminándola con la mirada.

—Ah, sí, sí. Eso es verdad.

Isabel se queda callada y Triana por fin recupera la cuerda.

—Vale, la tengo —dice emocionada.

La desata de la manguera y la tensa hasta que Vero se nota bien sujeta. Ahora viene lo difícil, subir.

Capítulo 9

—Vale, ahora tienes que colocarte como antes, en oposición, y comenzar a subir. No te preocupes que esta vez ya puede pasarme un lagarto por al lado que no suelto la cuerda —dice Triana.

—¿Te importa no hablar de reptiles mientras yo siga aquí abajo? —le pide Vero.

—Sí, claro, nena, perdona.

—¿Sois pareja? —la pregunta indiscreta de Isabel, hace que Triana gire la cabeza con un movimiento tan rápido que Dylan se sobresalta.

—Sí.

Triana no da más explicaciones, pero sigue mirando a Isabel, que baja la cabeza abochornada cuando comprende que se ha pasado.

—¿Puedes tensar más la cuerda? —pregunta Vero, a la que le cuesta colocarse en oposición sin ayuda.

Triana tira y hace fuerza hasta que la detective le dice que es suficiente. La tensión que ejerce con la cuerda le mantiene los hombros fuera del agua y le permite pegar la espalda a la pared con facilidad. Verónica estira una pierna hasta que logra colocarla en el otro extremo y hacer presión. Sonríe, solo ha de colocar la otra y podrá comenzar a subir.

—No te olvides de Papaya —dice Triana de repente.

Vero se queda inmóvil.

—Mierda —sisea y tantea el agua hasta que da con él y se lo coloca sobre los muslos.

—Y del flotador —añade Dylan muy indignado.

Las dos lo ignoran. Una vez preparada, Vero avisa a Triana para que mantenga la tensión de la cuerda y comienza a subir, pero no ha dado ni dos pasos cuando se da cuenta de que cada vez que mueve las piernas, Papaya se tambalea sobre ellas y es cuestión de tiempo que acabe cayendo al agua.

—No tires —le dice a Triana.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—El puto peluche, se me va a caer —dice con fastidio—. Te juro que voy a odiar estos muñecos para siempre.

—¿Por qué se te va a caer? —Triana se asoma sin comprender el problema.

—Porque lo tengo sobre las piernas y cuando las muevo, va de un lado a otro.

—Aaah —Triana comprende—, pues eso es un problema.

—¡No me digas!

—¿Y si lo coges con los dientes?

—Mira, Triana, cuando suba más vale que salgas corriendo porque te juro que te tiro aquí dentro para que sepas lo que es. No pienso morder ese peluche mojado que a saber la de bacterias que tiene.

—Pues métetelo debajo de la camiseta...

—¿Y que me salga un sarpullido? —protesta Verónica asqueada.

—Pero no podemos dejarlo ahí, Vero —dice Triana pensando en los quinientos euros.

—Pues claro que no —la detective también piensa en el dinero e inmediatamente

traza un plan—. Afloja la cuerda, voy a dejarme caer.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Triana perpleja.

—Claro.

—Nena, creo que eres un poco bipolar —Triana afloja la tensión y escucha el chapoteo del cuerpo de su mujer en el agua.

—Joder, qué fría —lamenta Vero con un castaño de dientes.

Mientras patalea como un perro para no hundirse, logra sacarse la cuerda que tiene alrededor del pecho sin deshacer el nudo deslizante que hizo Triana, básicamente porque ella no sabe hacerlo. Se agarra al flotador apoyando la parte interior de un brazo y cierra el nudo alrededor del peluche sin poder creerse que esté dando prioridad a la salida de semejante espanto antes que a la suya propia.

—¡Vale, súbelo! —grita satisfecha.

—¿Qué tengo que subir? —Triana no entiende nada.

—A Papaya, y date prisa que ya no me siento los dedos de los pies.

Triana comienza a tirar de la cuerda como si le fuera la vida en ello y en cuestión de segundos, Papaya aparece por la boca del pozo.

—¡Ay, Dios mío! —Isabel se pone las manos en la cara y da dos saltos encantada de la vida, como si recuperar al peluche fuese un asunto de vida o muerte para ella.

—Espero que lo vigile mejor a partir de ahora, porque este espanto cuesta un dineral —dice Triana desatándolo de la cuerda.

—No lo perderé de vista —asegura Isabel sin apenas mirarla, cogiendo a Papaya para escurrirlo e inmediatamente irse al tendedero para ponerlo a secar.

Triana pone los ojos en blanco y vuelve a hacer bajar la cuerda por el pozo, esta vez con cuidado de no asustar a Vero.

—Ahí va, amor.

La detective ni siquiera se molesta en mirar hacia arriba, cada vez que lo hace solo puede distinguir la silueta de Triana porque el sol la ciega, así que no espera ver la cuerda y solo mira la pared frente a ella hasta que por fin aparece. Agotada, vuelve a mover los pies con rapidez para no hundirse y se pasa el nudo por el cuerpo hasta que coloca la cuerda alrededor de su pecho como la tenía antes.

—Vale, ya puedes tensarla.

Triana hace lo que le pide y, muy despacio, comienza a subir del mismo modo que ha bajado.

—Señora, ¿nos puede prestar una toalla? —pregunta Triana sin perder de vista a su mujer.

—Sí, por supuesto, faltaría más.

Isabel, muy solícita, se encamina hacia la entrada trasera de la casa.

—Y de paso puede ir preparando el dinero y lo dejamos todo *averiguao* —añade Triana.

La dueña de la casa se detiene y se gira.

—Sí, por supuesto, quinientos, ¿verdad?

Verónica ya asoma la cabeza y apoya la palma de la mano en la base superior del pozo. Triana corre hasta ponerse detrás para cogerla por debajo de los brazos y ayudarla a salir.

—Quinientos cinco —dice e Isabel parpadea confundida—. He de recuperar los cinco euros que me ha robado el extorsionador de su hijo.

Dylan abre la boca sorprendido de que lo hayan delatado.

—¡Dylan! —su madre lo reprende, indignada y avergonzada, pero no sorprendida—. No se preocupe, yo se los doy, ya hablaré con él después.

Isabel corre a por la toalla y Triana abraza a Vero para ayudarla a entrar en calor.

—¿Y mi flotador? —pregunta Dylan cruzándose de brazos como un matón.

Triana sonríe y le señala el fondo del pozo.

—¿A qué jode que se deshagan de tus cosas?

—Triana... —la reprende Vero en un susurro—, es solo un crío.

—Y una mierda, eso es lo que parece, pero tiene a Satanás dentro.

Isabel aparece con la toalla y Triana envuelve a Verónica con ella. Por suerte, fuera hace tanto calor, que la detective no tarda mucho en recuperar su temperatura y sentirse bien.

—Aquí solo tengo doscientos en efectivo —dice Isabel con cuatro billetes de cincuenta en la mano—, si me dais un número, os hago un Bizum con el resto.

—Claro que sí —Triana enumera el de Vero de inmediato y, después de tapar el pozo, las dos se disponen a marcharse en cuanto Isabel les muestra la confirmación.

—Ha sido un placer, señora —dice Triana.

—El placer habrá sido para ti —bufa Vero en voz baja.

—Muchas gracias por todo, no sabéis el favor que me habéis hecho —dice Isabel, sorprendentemente agradecida a pesar del sablazo que acaban de pegarle.

—Para eso estamos —dice Triana—, que tenga suerte —añade mirando a Dylan.

Capítulo 10

A Triana la despierta un ruido que al principio no identifica, pero ya no la deja seguir durmiendo. Abre los ojos y tantea hasta que encuentra la luz de la mesilla, son las siete y cuarto de la mañana y le parece tan temprano que solo puede bostezar y estirarse hasta que varias articulaciones del cuerpo le acaban crujendo. Mira hacia el otro lado de la cama y descubre que está sola, aunque no se sorprende porque Verónica acostumbra a levantarse muy temprano. Entonces vuelve a escuchar el mismo ruido y esta vez sí que lo identifica sin ningún género de duda; es un estornudo de la detective, seguido de una protesta que hace que Triana se siente de golpe.

—Me cago en el pozo y en la que soltó la cuerda.

Triana aprieta los labios con una sonrisilla traviesa y se frota los ojos por si hay alguna legaña.

Mientras se despereza, escucha otro estornudo que sigue al anterior hasta convertirse en un ataque de varios seguidos en los que Triana se pregunta si Vero tendrá tiempo de respirar. Se levanta para ver cómo se encuentra y lo primero que ve son dos pañuelos de papel sobre la mesilla de noche. Encuentra otro en la mesa auxiliar del salón y, siguiendo el rastro de pañuelos, llega hasta la cocina, donde encuentra a la detective sentada a la mesa con el rollo de servilletas de papel delante y la nariz roja como un tomate.

—Madre mía, qué mala cara tienes —dice Triana atusándose un poco el pelo.

Verónica está pálida, tiene escalofríos y está segura de que también algunas décimas de fiebre.

—¿Y qué esperabas si me tuviste en esas aguas gélidas una hora? —bufa y pone morritos, en el fondo, solo quiere mimos.

Triana le da un beso en la frente y otro en la cabeza.

—Eres muy exagerada, estuviste como mucho veinte minutos. Te voy a hacer un café con leche caliente y te tomas un Paracetamol, que yo creo que tienes un poco de fiebre.

—No pienso hacerte caso nunca más —Vero se cruza de brazos de manera teatral.

—Yo no te obligué a bajar, lo hiciste porque querías los quinientos euros.

Triana sabe que jugar la carta del dinero le da ventaja. Vero la mira de reojo y se le escapa la risa.

—Pues odio este pueblo, solo nos encargan cosas raras.

—En eso no te voy a quitar la razón —dice Triana mientras mete la taza en el microondas—, pero mira el lado bueno, son cosas rápidas, un par de horas y nos llevamos lo de más de una semana.

—Me da igual, la pringada siempre soy yo.

—Y una leche, ¿quién tuvo que coger a la serpiente? —protesta Triana.

—Eso da igual, yo también estuve allí, expuesta a su mordisco.

—Pero si te subiste en la mesa a la mínima de cambio.

Triana saca la taza, la coloca delante de Vero y se sienta a su lado con un café solo.

—No voy a discutir, prométeme que no aceptaremos más casos así de extraños —dice Vero antes de sonarse los mocos—, o mejor todavía, prométeme que no tratarás de

convencerme, que tú siempre me lías.

—¿Yo? —a Triana las cejas se le arquean y los ojos se le abren de forma exagerada.

—Sí, tú. Eres una embaucadora, me dices cuatro cosas y al final me acabas convenciendo de cualquier disparate. Deberías ser comercial, serías capaz de vender arena en el desierto, estoy segura.

Triana se ríe y se levanta a buscar un paquete de pañuelos y protector labial.

—Toma, deja de sonarte con esas servilletas o te arrancarás la piel —dice y le da un beso en la mejilla, después coge la barra de protector y le pone un poco por debajo de la nariz—, para que no se te pele ni te escueza.

Vero se deja mimar hasta que tiene que sonarse los mocos otra vez.

—Está muy bien que me cuides, de hecho, es lo mínimo que puedes hacer después de haberme tirado al pozo —exagera la detective—, pero no me ignores, prométeme que no insistirás cuando los tarados de este pueblo nos pidan algún disparate —le pide mirándola a los ojos.

—Está bien, te lo prometo, ahora vamos al sofá y te echas un poco a ver si se te pasa el malestar.

Triana esta vez le da un beso en los labios. Vero le sonrío y se levanta. Las dos caminan al salón y se sientan en el sofá. Triana ha sido sincera cuando ha hecho la promesa, está dispuesta a cumplirla y Vero lo sabe, lo que no sabe ninguna de las dos, es que muy pronto se encontrarán en medio de otra situación extravagante y que encima no cobrarán ni un euro por ella.